

de lo pequeño y pequeño lo grande. Todos estos preceptos retóricos son preparaciones y antecedentes para el arte, pero no son el arte mismo, á la manera que no basta mover los afectos para producir poesía trágica. La dificultad está en disponer el cuerpo de la tragedia ó del discurso. Sólo la naturaleza, ayudada por la doctrina y el ejercicio, hace al orador excelente. Pero este arte es muy distinto del que Lysias y Trasímaco enseñaron, y apenas puede concederse el lauro de orador perfecto á otro que á Pericles, amantado con la filosofía de Anaxágoras, de donde aprendió la naturaleza y esencia del alma humana. El alma humana no se conoce sino conociendo el alma del universo. Y así, lo primero que debían enseñarnos Trasímaco y los demás maestros de Retórica es si la naturaleza del alma es una y simple, ó es multiforme según la variedad de cuerpos. En segundo lugar, cuáles son sus facultades activas y pasivas. En tercero, distinguiendo los géneros de elocuencia y los afectos del alma, mostrar qué razonamientos se acomodan á cada estado del espíritu; porque la fuerza de la oratoria consiste en ser una *psicagogia* ó potencia de conmover los ánimos. Pero ¿cómo se han de conmover, si no se conocen los afectos del alma humana, y no corremos tras de lo verdadero, contentos con lo verosímil, que es un simulacro de verdad?

La Retórica platónica, pues, no se distingue de la dialéctica más que en su poder afectivo é incitador ó moderador de la pasión, pero conviene

con ella en género y materia: dividir las cosas en sus especies, ó comprenderlas todas en una idea. Este poder se ejerce más noblemente por la palabra que por el razonamiento escrito: la palabra es un animal vivo; el libro, un simulacro ó apariencia.

En el *Convite (Symposio)*, cada uno de los convidados al banquete triunfal del poeta trágico Agatón, hace, á propuesta de Fedro, un breve discurso en elogio del Amor<sup>1</sup>, el más antiguo de los dioses, y émulo del Caos en vetustez, según Hesiodo y Parménides. Establece Pausanias la distinción de la Venus Urania ó celeste y de la popular ó *demótica*. Prueba Eryximaco la universalidad del amor en la naturaleza viva. Toda ciencia es para él ciencia de amor, y de armonía y consonancia entre principios desemejantes; así la música, así la astronomía, así la medicina, que concuerda los elementos discordes del cuerpo humano, así el arte adivinatoria, que funda la amistad entre hombres y dioses.

Según Agatón, el Amor es el más feliz de todos los dioses, por ser el más bello, el mejor, y el más joven, tierno y sutil. Entre jóvenes mora, y huye de la vejez. Perpetuo enemigo de la feal-

<sup>1</sup> De la parte propiamente dramática de este *Symposio* no hablaremos aquí. Los razonamientos de Fedro, de Pausanias, de Eryximaco, de Aristófanes y de Alcibiades, bellísimos como arte, no contienen doctrina propiamente estética. Aun en los restantes el elemento ético es poderoso, pero siempre sucede en Platón lo mismo. La filosofía de la voluntad es inseparable en él de la filosofía de la hermosura.



dad, posa entre flores, y se deleita con olores suavísimos. Posee en grado sumo la templanza que enfrena el placer y el deseo. Ni hace ni padece violencia. Es poeta, y hace poetas á los que domina. Toda invención de arte liberal procede de él. Amor crea la familiaridad, los convites y las dulces congregaciones; preside las ceremonias y los sacrificios; es propicio á los buenos, y grato á los dioses: admíranle los sabios: es padre de la comodidad, de las gracias, del suave deseo y del encendimiento amoroso: ornato de hombres y dioses; á quien todo hombre debe celebrar con himnos, uniendo su voz á la canción que él entona, y con la cual esparce suave *sophrosyne* en el ánimo de hombres y dioses.

Sócrates responde que el Amor es amor de algo, y amor de aquello de que se carece. ¿Y de qué otra cosa puede ser sino de belleza, ya que los dioses ordenaron todas las cosas por amor de lo bello, y de cosas feas no puede haber amor? Pero si el amor busca la belleza que no tiene, evidente cosa es que no se le puede llamar hermoso por sí mismo, diga lo que quiera Agatón. Y si lo bueno es juntamente bello, tampoco es bueno el amor, puesto que desea el bien.

Y Sócrates continúa declarando lo que del amor le enseñó una forastera de Mantinea, llamada Diótima, profetisa y gran maestra en purificaciones y sacrificios expiatorios. El amor no es bello ni bueno, pero tampoco es feo ni malo, así como la opinión no es la ignorancia, aunque tampoco sea la ciencia, sino un medio entre ambas.

No todo lo que no es bello es necesariamente feo, ni todo lo que no es bueno es necesariamente malo. Infiérese de aquí que el Amor no es un dios, porque no es bello ni feliz. Pero no es mortal tampoco, sino un medio entre mortal é inmortal. Es, por consiguiente, un *demonio*, pero de grande y extraordinario poder. Son los demonios seres intermedios que llevan á los dioses los votos de los hombres ó traen á los hombres las voluntades de los dioses, y mantienen la armonía en el universo, sirviendo de lazo entre lo mortal y lo inmortal, lo terreno y lo celeste. De ellos se deriva el arte profética y adivinatoria, y todo lo concerniente á la magia y á los sacrificios. Por medio de los demonios se comunican los dioses con los hombres, así en la vigilia como en el sueño. Uno de estos demonios es el Amor, hijo de *Poros* y de *Penia*, engendrado en las fiestas del natalicio de Afrodite, cuando su madre vino descalza y cubierta de harapos á pedir limosna á la puerta de los dioses. Como nacido de *Penia*, es pobrísimo, flaco y macilento; anda descalzo y sin lumbre donde calentarse; duerme en el suelo, por las calles ó en los caminos. Como hijo de *Poros*, es fuerte, audaz y terco; anda siempre tras de lo bueno y lo hermoso: es astuto artífice de dolos é ingeniosidades, gran sofista, mago y encantador. Y como no es sabio ni ignorante, *filosofa* y es amigo de la sabiduría.

Amor es el deseo de poseer siempre el bien y la belleza, deseo común á todos los hombres, aunque sólo á una de las especies del amor se



aplique el nombre del todo, como á una sola manera de producción aplicamos el nombre de *poesía*. Existe en lo bello un misterioso parto, así por lo que hace al cuerpo como por lo que respecta al alma. Un alma mortal se hace inmortal por la fecundación y generación en lo armónico; y la belleza es amparadora de la generación, como Parca ó Lucina. De aquí que el Amor, más que amor de belleza, sea amor de engendrar ó de producir en lo bello. Toda naturaleza creada y perecedera tiende á immortalizarse y á dilatar su vida en un nuevo ser, por obra de generación: así llega á participar de la inmortalidad lo mortal, en quien todo cambia, y sin cesar se trasmuta. De aquí el anhelo de gloria, por el cual se arrojaron á la muerte la piadosa Alceste y Aquiles y Codro. Cuanto más excelentes son los hombres, más aman la inmortalidad. Y unos son fecundos en el cuerpo, otros en el alma, y engendran y conciben de ella la justicia, la templanza y todas las virtudes. Esta fecundidad de alma la tienen los poetas y todos los artífices é inventores; pero aún es mejor género de prudencia la de los políticos que rigen bien la ciudad.

Quien siente en sí este anhelo de generación y lleva consigo la semilla de las virtudes, en abriendo los ojos á la razón, busca algún ser hermoso en quien engendrar, y por instinto huye de lo feo. Prefiere, pues, los cuerpos hermosos que decoran un alma bella y de generosa índole. Y viviendo íntimamente unido con el ser hermoso y amado, fecunda el germen de las virtudes que yace en su

alma, y habla con él de virtud, y le encamina á ella, con familiaridad todavía más sagrada que la de los padres y los hijos. Así se engendran frutos de virtud y de ciencia, de bellas obras y de sabias leyes, como las de Licurgo ó de Solón. Por tales hijos espirituales se han levantado templos, nunca por los hijos humanos.

Estos son los primeros grados de la iniciación del amor: lleguemos á los últimos. Comience el que ama por amar un solo cuerpo: comprenda luego que no reside en él toda la belleza, sino que es la misma de otros cuerpos y una sola en todos, con lo cual dejará de amar exclusivamente al primero. Entienda que la belleza del alma es superior á la del cuerpo; y si encuentra un alma armónica, aunque el cuerpo no lo sea, siembre en ella máximas de virtud, y contemple y admire la belleza en las acciones y en las leyes. Pase de aquí á la belleza de las ciencias, tendiendo siempre á una belleza más alta, y no esclavizándose á una sola, sino abismándose en el inexhausto piélago de la hermosura, hasta que nutrido y vigorizado con tan copiosa filosofía, contemple la ciencia una, la ciencia de la belleza en sí.

«Y el que por sus grados haya sido conducido hasta aquí, viendo por su orden las cosas bellas, llegado al fin de los arcanos de amor, verá de súbito una admirable belleza, por la cual ¡oh Sócrates! bien podemos tolerar los anteriores trabajos; la cual belleza existe siempre, y ni nace ni muere, ni mengua ni crece, ni es en parte



hermosa y en parte fea, ni hermosa unas veces y fea otras, ni hermosa respecto de unas cosas y fea respecto de otras, ni hermosa aquí y fea allí, ni parece á unos hermosa y á otros fea. Ni puede imaginarse esta belleza como un rostro hermoso ó unas hermosas manos, ó cualquiera otra cosa corpórea, ni como un razonamiento, ni como una ciencia. Ni podemos pensar que resida en otra cosa, v. gr., en un animal ó en la tierra ó en el cielo, ó en otra cualquiera parte, sino que ella existe por sí misma, y uniforme siempre, y todas las demás cosas bellas lo son porque participan de su hermosura, y aunque todas ellas nazcan ó perezcan, á ella nada se le añade ni nada se le quita, ni ella se inmuta en nada.»

Y así, el que comienza por amar un cuerpo, y de allí pasa á dos, y luego ama todos los cuerpos hermosos, y después las bellas acciones y las ciencias ó doctrinas bellas, llegará finalmente á la doctrina de la misma belleza, y conocerá lo que es bello en sí. «Y cuando llegues á contemplarla (añadió la extranjera de Mantinea), te parecerá más preciosa que el oro y los vestidos recamados, y más que los hermosos adolescentes, ante los cuales te quedas ahora embebido, y te quedarías tú y otros muchos, sin comer ni beber y sin más que contemplarlos. Y si esto es así, ¿cuán maravilloso espectáculo será el de la belleza misma, simple, pura, íntegra, no revestida de humanas carnes ó colores ni de ninguna otra apariencia mortal, sino bella en sí misma, uni-

forme y divina? ¿No crees que quien contemple entonces cara á cara la belleza con los ojos con que puede ser contemplada, no producirá ya imágenes de virtud, sino la virtud misma, porque ya no posee un simulacro vano, sino la cosa en sí? ¿Y no crees que, produciendo y nutriendo verdaderas virtudes, se hará amigo de los dioses, y que si algún hombre llega á ser inmortal, éste lo será sin duda?»

Si existe en lengua mortal algo más bello que este ditirambo en loor de la eterna belleza, por mí indignamente traducido, declaro ingenuamente que no lo conozco. Pero de este mismo entusiasmo lírico de Platón por la pura é incorrupta idea, por la idea *en sí*, por el mundo ontológico, nace fatalmente, impuesto por una necesidad lógica, su menosprecio á las artes de imitación, que, semejantes al arte del sofista, de que se habla en el *Teetetes*, «producen imitaciones» y simulacros de cosas vanas. Para Platón sólo *espoética*, en el más alto sentido del vocablo, (*creación* que diríamos) la obra de la naturaleza. Las del hombre son falsas y aparentes, sueños para gente despierta. Y es el arte más ruín de todos el que no conoce por principios de ciencia el objeto que se propone imitar.

De aquí surge la intolerante disciplina ética de la *República* (ó gobierno de la ciudad) y de las *Leyes*, en que el arte está subordinado siempre á un fin pedagógico y de utilidad civil, que, si tal utopía fuera posible, acabaría por reducir la poesía á los versos gnómicos y á las sentencias



de Focílides. Conviene conocer en todos sus detalles este plan de educación estética, tan rígido y cerrado como puede serlo el del más austero moralista cristiano. Pero se ha de advertir que la enemiga de los filósofos contra la poesía homérica no comienza en Platón, y que llevaba en el fondo una condenación implícita de la antigua religión helena, consagrada por el poeta en versos inmortales.

La educación, en la ciudad perfecta é ideal <sup>1</sup>, ha de ser armónica, por medio de la gimnástica y de la música, mezclando el oro y el hierro, la dulzura y la fuerza en partes iguales. La música, en el sentido de los antiguos, abarca también la poesía; pero Sócrates se declara contra la costumbre de imbuir á los mancebos en todo género de fábulas poéticas, contrarias muchas de ellas á lo que han de tener por verdadero, cuando lleguen á la madurez. Tarde se pierde el sabor de las primeras impresiones. Y no ha de servir de excusa á los poetas la ficción, porque Homero y Hesiodo no fingen hermosamente, antes describen mal á hombres y dioses, cometiendo

<sup>1</sup> Son interlocutores de la *República*, Sócrates, Glaucón, Trasímaco, Adimanto y otros que en el Pireo, en casa de Polemarco, disputaron sobre la justicia.

Las ideas estéticas que van en el texto, han sido entresacadas de los libros II, III y X. Bueno será advertir que la división en libros no es del autor, sino de los gramáticos alejandrinos. Proclo dedicó la mayor parte de su comentario de la *República* á defender la poesía de Homero, explicando sus ficciones por la alegoría. *Apología pro Homero et arte poetica*, llamó Conrado Gessner á este comentario.

el mismo yerro que el pintor que se apartara de la similitud con su original. Aunque fuesen verdaderas algunas de las cosas que los poetas cuentan de los dioses, no debían decirse sino muy en secreto, para que no se excusase ningún crimen con el mal ejemplo de los dioses. Aun las narraciones de guerras debieran omitirse, y persuadir, si fuera posible, á los jóvenes, que nunca un ciudadano puede ser enemigo de otro; y no se hable de alegorías, que no está para los mozos el penetrar su sentido. Las primeras fábulas, pues, con que se eduque á la juventud han de estar hermosamente ordenadas para la virtud. Si el modelo es el dios, debe ser presentado tal cual es, así en la poesía épica, como en la mélica ó lírica y en la tragedia. Y así el poeta ha de mostrar que Dios no es la causa de todo, sino solamente del bien, y que Dios es inmutable y simple en su ser, no sujeto á metamorfosis, porque el pasar á una forma peor, ó á otra mejor, contradice igualmente á la absoluta perfección de su naturaleza.

Los poemas destinados á la enseñanza no han de infundir el terror que enmuelece el ánimo de los jóvenes, y los hace tímidos para la guerra por la demasiada estimación de esta vida. No deben poner en los claros varones lágrimas, quejas y lamentos (*Filoctetes*), ni risa inextinguible en los dioses. Han de infundir en los jóvenes el amor á la verdad y á la templanza ó *sophrosyne*, habituándolos á estimar, con riguroso criterio ético, el valor absoluto, real y sustantivo de la justicia.



Y esta enseñanza político-moral, ¿en qué forma ha de darse? Ó el poeta habla directamente por narración sencilla, ó por imitación, ó combinando los dos modos. En estos dos últimos casos, el poeta es imitador, y sus artes de imitación (tragedia, comedia, epopeya) deben proibirse, por ser mentira, apariencia y simulacro vano, indignos de entrar en la educación de hombres libres. Á lo sumo, será lícito imiten las palabras de algún varón virtuoso y prudente, pero nunca lo malo ni lo ridículo. «Y si llegare á nuestra ciudad algún varón hábil en el histrionismo y en fingir todas formas é imitar cualquier género de acciones, y quisiere leernos sus poemas, le veneremos como sagrado, admirable y dulce, pero le diremos que no hay tales hombres en nuestra república, ni conviene que los haya, y le enviaremos á otra ciudad, coronándole antes y deramando unguentos sobre su cabeza. Y nuestro poeta será otro más austero y menos agradable, ó menos diestro artífice de fábulas, que nos imite tan sólo la locución de un hombre templado.»

Á la poesía acompañan el canto y la música, porque la poesía consta de tres partes: palabras, armonía y ritmo. Platón, con la misma severidad ética, destierra el ritmo lidio y el miso-lidio, por lo que tienen de quejumbroso, y el ritmo jónico por lo muelle y afeminado, reservando sólo la viril armonía doria, incitadora del valor en los combates. Destierra la flauta y los instrumentos de muchas cuerdas, conservando sólo la lira y la cítara. Esta misma ley de la templanza ha de ex-

tenderse, no sólo á los poetas y á los músicos, sino á todos los demás artífices, no consintiéndoles nada intemperante ó indigno de hombres libres, ni en las estatuas, ni en las piedras, ni en los edificios. Guárdese el lauro para aquellos artistas que sean naturalmente dispuestos para penetrar la naturaleza de lo bueno y conveniente: en las obras de los cuales se eduquen los jóvenes como en lugar ameno y saludable, donde de las hermosas obras brille y espire á sus ojos y á sus oídos un resplandor y una aura sana y robustecedora, que desde sus primeros años, y como sin sentirlo, los vaya conduciendo á la virtud, á la amistad y á la armonía. Y así será eficacísima la educación musical, porque el número y la armonía penetran más hondamente en lo íntimo del alma y la bañan en luz de hermosura. Y quien de tal manera haya sido educado, gustará por instinto de las cosas bellas y aborrecerá las torpes, aun antes de haber llegado á la edad de la razón. Pues ¿qué cosa más bella que un alma hermosa encerrada en cuerpo cuyas partes todas responden armónicamente á la hermosura del alma?

De aquí que el filósofo (como se insinúa al fin del libro ix de la *República*) sea á un mismo tiempo el verdadero músico y el verdadero político, por ser el único que mantiene en armonía las facultades de su alma, y que se rige por el modelo ideal de república que no existe en la tierra.

¡Cuán lejos de esto los artistas imitadores! La



imitación es el último grado de realidad, inferior, no sólo á la idea pura, sino á las cosas sensibles, que elabora el demiurgo, contemplando la idea. El cuadro, la estatua, la tragedia son inferiores á la realidad viva, que ya á su vez lo es á la idea soberana. No alcanza la imitación más que un tenue simulacro de verdad, y puede hacerse sin conocer las cosas más que por la superficie. ¿Qué ciudad gobernó Homero? ¿Qué sabias leyes se le deben? ¿Qué cosas útiles para la vida humana inventó? Sólo emplea sus fuerzas en la imitación quien, incapaz de penetrar en la esencia de las cosas, se detiene en los colores y en las figuras. El imitador no distingue lo que es realmente bello y bueno: imita lo que al vulgo le parece tal, y con esto se aquieta. La imitación es un juego de muchachos. Reproduciendo todos los accidentes de la vida humana, la queja, la pasión, el temor, fortifica todos los instintos cobardes, irracionales y menos nobles de nuestra naturaleza, siendo, á la verdad, mucho más fácil imitar de infinitos modos la pasión, que no la serenidad de un varón prudente, lo cual, aparte de ser difícil, no daría gusto y parecería cosa extraña á la muchedumbre congregada en el teatro. Más cuenta trae imitar una naturaleza movediza y apasionada. La poesía, pues, y la pintura, dan alimento á las potencias inferiores de nuestro ser y las robustecen, destruyendo el imperio de la razón, y extraviando el discernimiento con simulacros muy lejanos de la verdad. Los afectos trágicos son femeniles, aunque nos deleiten, y á la

larga enervan el alma, dejándola impotente para arrostrar los dolores de la vida. Otro tanto acontece con la risa, efecto propio de lo cómico. La imitación alimenta y riega todas las malas pasiones, la ira, el amor carnal, etc., etc., y las hace dominadoras en nosotros, cuando debían ser esclavas. Debe, por tanto, ser excluída de la ciudad toda poesía, excepto los himnos en alabanza de los dioses y de los varones ilustres, y no hemos de creer en manera alguna á los que nos dicen que Homero civilizó la Grecia, y dió norma para la vida y régimen de las ciudades; porque si la poesía se admite, el deleite y el dolor serán únicos señores de la república. Sócrates acabó despidiéndose bellísimamente de la poesía de Homero, que había encantado las horas de su infancia: «á la manera que los que amaron á alguna persona, cuando ven su amor inútil, dejan de amarla, pero con profundo dolor.»

El mismo espíritu de severidad ética que predomina en la *República* informa el tratado de las *Leyes*<sup>1</sup>, si bien algunas extremosidades están mitigadas, trocándose, v. gr., en previa censura lo que antes era proscripción y destierro.

Y así la educación en las *Leyes*, tratado menos

<sup>1</sup> Platón dejó incompletas y en borrón (en tablillas enceradas) las *Leyes*, que su discípulo Filipo de Opunto copió y puso en orden. Algunos han dudado de su autenticidad, que parece innegable por testimonio de los antiguos. Zeller es el más acérrimo contradictor de ella, y llega á atribuir las *Leyes* al mismo Filipo. Nos atenemos al testimonio de Aristóteles.



utópico que la *República*, se define ya «disciplina del placer y del dolor, cuyo desarrollo precede en el hombre al de la razón.» Reconoce el filósofo (libro II) la importancia de los coros, del canto y de la danza, y la tendencia innata en todo ser animado al movimiento. Tiene el hombre, además, el sentimiento de la armonía y del número, de la belleza de los movimientos ordenados y de la voz. Ni ha de condenarse en absoluto el arte como imitación de costumbres, siempre que las costumbres imitadas sean buenas, *y que el artista se someta, como en Egipto, á modelos ideales que no le sea permitido modificar.* ¡Última y funesta conclusión del *idealismo* fanático, que, á fuerza de encumbrar el arte á la región de las quimeras metafísicas, acaba por petrificarle en la inmovilidad hierática, condenándole eternamente á la repetición servil de las mismas formas y motivos!

Para Platón, por consiguiente, el arte sólo tiene valor como obra útil, en cuanto imitación de la belleza moral. Lo bello es lo que agrada á los varones rectos y templados, no al vulgo indocto, cuyo aplauso corrompe á los poetas. La poesía, como medio de educación, prepara en los niños, con el halago del placer, el venidero ejercicio de razón, y lo bueno es fin, norma y ley única del arte. Para juzgar de la utilidad de una obra de arte, se ha de tener en cuenta: 1.º, la naturaleza del objeto imitado; 2.º, la verdad de la imitación; 3.º, la belleza propia de la obra misma, que en Platón se confunde con su moralidad y efecto

extrínseco. Sólo lo honesto es hermoso. No ensalce el poeta otra cosa que la justicia y la templanza, ni anteponga á la virtud las demás obras que el vulgo llama buenas. Primera ley del arte sea el decoro, la conveniencia, la armonía, no dar á los hombres el lenguaje que conviene á las mujeres, ni al ciudadano el del siervo. Segunda condición es la *unidad*: no separar lo que la naturaleza ha reunido, no juntar lo que ha separado: no separar de la música los versos y la danza, ni de las palabras la música. La música instrumental sin palabras es cosa de bárbaros. Un coro de *ancianos* presidirá y vigilará las danzas y los *symposios* públicos, en que se eduque á la juventud al modo espartano. Como el poeta obra á ciegas, y no sabe distinguir lo bueno de lo malo, el magistrado nombrará censores que juzguen sus composiciones y le impidan apartarse de los eternos tipos ó leyes de lo bello, conservando el prestigio y fuerza de la autoridad, de la tradición y de las costumbres antiguas, en cantos, juegos, ceremonias, sacrificios, espectáculos y en todo lo que pertenece al deleite. Si no, fácilmente se arrojan los ciudadanos á novedades peligrosas en materia más grave (libro VII).

La danza predilecta de Platón no es la mímica (verdadera poesía reproducida por los movimientos del cuerpo), sino aquella manera de danza que ni expresa afectos ni imita cosa alguna, sino que, como parte de la gimnástica, da fuerza, gracia y agilidad al cuerpo, secundando armoniosamente la educación viril de la lucha y la palestra. La co-



media se tolera, pero en manos de esclavos ó de extranjeros asalariados. «Y si los poetas trágicos vienen á nosotros, y nos dicen: «Extranjeros, ¿podremos entrar en vuestra ciudad?» responderemos á estos hombres divinos: «Nosotros también hemos compuesto la más hermosa y excelente tragedia que darse puede, porque toda nuestra ciudad no es más que una imitación de la vida más perfecta. Si vosotros sois poetas, nosotros también.... Presentad á los magistrados vuestros cantos, en certamen con los nuestros, y si á juicio de ellos nos vencéis, os concederemos un coro.»

Resumamos en breves proposiciones los resultados de este estudio analítico sobre algunos diálogos de Platón. Conviene que el lector los tenga á la vista, para compararlos con la exposición mucho más sistemática que ha hecho de la misma doctrina el autor de las *Eneidas*:

1.<sup>a</sup> La belleza es una *idea* que no sólo en el mundo lógico, sino en el mundo real, es y existe independiente de las cosas bellas, que sólo pueden llamarse así en cuanto participan de la *Idea*.

2.<sup>a</sup> Por *reminiscencia* de esta Idea, contemplada cara á cara en anteriores existencias, calificamos de bellos los objetos, y ardemos en amor vehementísimo de todo lo que nos ofrece rastros ó vislumbres de aquella eterna, inmutable y no creada ni perecedera belleza.

3.<sup>a</sup> Cuando domeñamos la parte ínfima y menos noble de nuestra naturaleza (simbolizada en el uno de los corceles que tiran del carro del al-

ma), y sin pararnos en la corteza y superficie de la hermosura terrena, aprendemos á leer en ella los vestigios de la perfección soberana, y ascendiendo más, contemplamos la idea pura y *en sí*, el hombre se enaltece y hace semejante á los dioses en plácida serenidad y beatitud.

4.<sup>a</sup> De estas *ideas* desciende al poeta el divino furor y entusiasmo, á que inconscientemente obedece, no de otro modo que el hierofante ó la pitonisa, que, poseídos y llenos del dios (*entusiasmados*), pronuncian ó declaran los sagrados arcanos. Sin este divino furor ó inspiración no hay poesía ni arte posible.

5.<sup>a</sup> Hay perfecta correlación, y aun pudiéramos decir identidad, entre la idea de lo bello, la de lo verdadero y la de lo bueno.

6.<sup>a</sup> Toda doctrina de arte ó de retórica (v. gr., la enseñanza de los sofistas) que abandone la consideración de las *ideas* y de la cosa *en sí*, es vana y estéril. La dialéctica (tomada esta vez en el riguroso sentido platónico) es la base de la Retórica, y aun se confunde con ella.

7.<sup>a</sup> La poesía, la pintura, la escultura son artes de *imitación*, y no de la idea pura, sino de las apariencias naturales que la copian y trasladan. En el modo libre y fácil de filosofar de Platón, no es del todo llano conciliar esta doctrina con la de la inspiración y el furor divino, que convierte al poeta, aunque sin ciencia ni voluntad propia, en *spiráculo* del dios. Caben, sin embargo, dos interpretaciones: primera, el furor divino se aplica á los poetas sagrados y ditiámbicos, y no



á los épicos y trágicos, que son los que proceden por vía de imitación, y en quienes el filósofo descarga sus iras; segunda, y más racional y probable: en la creación artística intervienen dos elementos: el del entusiasmo ó furor, que es de especie alta y divina, y el de la imitación ó los medios de ella, única cosa de que es responsable el poeta, y que le rebaja al grado de imitador de las obras del demiurgo, como éste lo es de los eternos tipos.

8.<sup>a</sup> El arte es filosofía de amor y tiende á restablecer en el alma la templanza, la serenidad, la *sophrosyne*, la armonía de elementos discordes. Todo lo que contribuya á perturbar esta armonía es, pues, cosa mala y reprobable. De aquí la proscripción absoluta de ciertos modos artísticos y las durísimas trabas impuestas á otros. De aquí el que se vede ó coarte en la república platónica la imitación de lo malo, odioso y ridículo, y juntamente con esto la de la pasión desbordada y tumultuosa. De aquí la consagración de los tipos tradicionales y hieráticos, y el anatema sobre todo arte desmandado y amigo del movimiento, cosa la más fácil de imitar, y asimismo la más dañosa para el reposo de los afectos humanos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En el *Filebo* define Platón el placer: *la restauración de la armonía natural del ser...* Muchas veces andan juntos el placer y el dolor; así acontece en la tragedia, donde son dulces las lágrimas, y así en la comedia, donde de la calamidad ajena nace la risa. Otros placeres, como el del color, el de la figura, el del sonido y el de la ciencia, están exentos de esta mezcla, porque su privación no es un verdadero dolor.

El placer puro consiste en la contemplación de la belleza

La teoría de las artes de *imitación* encierra en germen toda la *poética* de Aristóteles, que en ésta, como en tantas otras cosas, no es adversario ni émulo de Platón, sino su fidelísimo discípulo. La doctrina idealista de la belleza *en sí* es ya base de las especulaciones de los neo-platónicos de Alejandría. Sigamos atentamente estos dos desarrollos.

## II.

## DE LA POÉTICA DE ARISTÓTELES.

No podía ingenio tan vasto y sintético como el de Aristóteles dejar fuera del cuadro de su inmensa enciclopedia la doctrina de las leyes y fundamentos de lo bello. La cultivaba, no sólo como filósofo, sino como crítico, como poeta y como historiador. Dictóle la austera musa filosófica el himno á Hermías, tan lleno de pureza y elevación moral, sobria y virilmente expresada, y aquel otro canto imperecedero en loor de la Fortuna de brillantes alas, que corona de gloria á los mortales y hace resplandecer la luz en medio de las tinieblas. Y no hay duda que su ferviente y escondido culto á las diosas del arte comunicó á

ideal escondida bajo formas sensibles... La unión de la sabiduría y del placer, en la cual el *sumo bien* consiste, ha de juntar estos caracteres: verdad, proporción, belleza. (Vid. Trendelenburg, *De Platonis Philebi consilio*, Berlin, 1837.)

Platón fué el primero en señalar la mezcla de dolor y de alegría que caracteriza la emoción dramática.